

10 Relatos para Pasar el Rato

Rodrigo Jáuregui Ressia

2015

Índice

El Ataque de la Hermandad	3
La Escena del Crimen	4
Point Blank	7
Magic	11
Carretera Secundaria	15
Ballenas Muertas	19
La Doctora de los Soldados	21
Prisión Submarina	23
El Discurso del Presidente	34
Kayhku: El Hombre Jirafa	36

El Ataque de la Hermandad

El doctor escuchó la conversación en el palacio, aquellos hombres hablaban sobre el ataque que haría la rebelión de la Hermandad esa misma noche. Sin pensarlo dos veces, corrió al ascensor para salir de aquel lugar, debía avisar al detective Johnson. El largo sendero que separaba el lujoso palacio del cuartel de policía se le hizo interminable. Paró unos segundos para recuperar el aliento y, entre los latidos de su corazón que parecían tambores dentro de su cabeza, escuchó el canto de la Hermandad. Tímidamente levantó la mirada buscando el cuartel que se encontraba a unos pocos cientos de metros más allá. Las llamaradas que salían por sus ventanas parecían venenosas lenguas de serpientes. El baño de sangre había comenzado.

La Escena del Crimen

Hacía ya casi diez años de la última vez que un caso resuelto por Charlie Wheaver había figurado en los periódicos del norte de Londres. Ahora se encontraba ante una oportunidad única, la de recuperar el prestigio del cuál alguna vez había gozado: una mujer había sido asesinada en una habitación de hotel y él era el primero en la escena del crimen.

Sin pensarlo dos veces, metió la mano en el bolsillo izquierdo de su abrigo en busca de su libreta. Pero en él había algo pesado, frío y húmedo. En ese momento no le dio importancia, hacía más de una semana que no dejaba de llover. Impaciente, sacó la libreta de su bolsillo derecho y comenzó a apuntar todos los detalles de la macabra escena. Debía ser rápido pues la dueña había avisado a Scotland Yard, y los agentes Mouldon y Daniel no tardarían mucho en llegar y arruinarlo todo con la torpeza que los caracterizaba.

En sus notas, escribió lo siguiente:

“El lugar del delito es el Hotel Atlas, sobre Raleigh Street, al noroeste del centro londinense. Una mujer blanca de mediana edad yace desnuda tumbada boca abajo sobre la cama. Presenta varios cortes profundos por todo su cuerpo, especialmente en sus arterias principales. Se encuentra rodeada por un gran

charco de sangre, lo que parece señalar al desangramiento como posible causa de muerte.

«Al voltear el cadáver para una mejor exanimación, noto que el cuerpo aún conserva algo de su calor. Estimo que el delito se produjo hace menos de una hora. Además, presenta magulladuras y moretones en su cara, sin duda alguna, producidos por el puño cerrado de un hombre fornido. Quizás la víctima se desvaneció por los golpes y luego el asesino realizó los cortes para que muriera desangrada. La falta de cualquier tipo de huella ensangrentada es una clara evidencia de que no hubo lucha mientras la víctima se desangraba, lo que le da mayor validez a mi teoría.

«Sobre la mesa de noche hay un vaso de escocés a medio beber, el pintalabios sobre el borde coincide con el de la víctima. Junto al vaso hay una cartera, dentro de ella la identificación de la víctima revela que su nombre es Zafira Giggins, de 39 años de edad, nacida en Burnswick. Su nombre me resulta familiar. Más conocida como “La Zafiro”, era una de las más codiciadas prostitutas del bar de Ferris, a unas pocas calles de aquí. Probablemente el asesino sea un cliente, uno insatisfecho quizás, aunque lo dudo. La presencia de dinero en su cartera me hace descartar el robo como móvil.

«El cuarto de baño presenta evidencias claras de haber sido utilizado por el asesino para lavarse. Tenués, pero aun así reconocibles, manchas de sangre en

sitios clave como el lavabo o la bañera parecen confirmarlo.”

¡Knock, knock, knock!

—¡Scotland Yard! ¡Abra la puerta, Wheaver! ¡Sabemos que está ahí! —dijo uno de los agentes con voz firme.

Los agentes Mouldon y Daniel irrumpen en la habitación. Se encuentran al detective privado Charlie Wheaver con una libreta en sus temblorosas manos. Su abrigo está impregnado con sangre. De un pequeño agujero en su bolsillo izquierdo asoma la filosa punta de un cuchillo de cocina.

Point Blank

¿Aún dices tus oraciones, cariño, cuando vas a la cama por las noches? ¿Rezas para que en el día de mañana todo salga bien? Bella, duermes medio desnuda, el calor de la noche es tu abrigo, te abraza como un amante. Fuera, la lluvia azota a tu ciudad como desde hace días. Las inundaciones han causado verdaderos dolores de cabeza en la zona este, mucha gente lo ha perdido todo. Gente a la que juraste proteger y servir, lo ha perdido todo y, aunque sabes que no puedes hacer nada más por ellos, no dejas de sentirte culpable.

El implacable mañana llega antes de lo esperado. El sonar del teléfono te despierta de tu sueño para volver a la pesadilla de la realidad. Faltan pocos minutos para la una de la noche. Las sutiles curvas de tu silueta se dejan ver por las entrecortadas líneas de luz que atraviesan la persiana. Somnolienta, atiendes el llamado mientras te refriegas los ojos con la otra mano. “¿Si?”

“Escucha” dice el capitán al otro lado de la línea telefónica. “Hemos recibido un soplo sobre los Bandidos Mojados. Esta noche darán el golpe en Zandt Electronics. Todas las unidades se encuentran en la zona este, ya sabes, por las inundaciones y eso. ¡Maldita sea! Me pregunto si algún día dejará de llover.” El capitán del departamento de policía se va por las nubes, como

10 Relatos para Pasar el Rato

de costumbre, pero lo dejas. Tú sabes cómo hacer tu trabajo, cariño. “El caso es, no juegues a la heroína, ¿sí? Ya sabes, el cementerio está lleno de valientes.” No te gustan sus palabras. Sabes por qué lo dice, pero no dices nada. Decides hacer lo que mejor sabes: tu trabajo.

Zandt Electronics no se encuentra muy lejos de allí. A unas siete u ocho calles. Cubres la distancia a pie. Tu fluido trote se refleja en el agua acumulada en los bordillos de las aceras mientras la lluvia moja tu rubio y sedoso cabello y las gotas se deslizan por tus suaves mejillas. Detrás de ti, los charcos se sacuden con tus pisadas para luego volver a bailar al ritmo de las gotas que caen sobre ellos.

Miras tu reloj. Te ha tomado menos de tres minutos llegar a tu destino. Bocanadas de aire húmedo llenan tus pulmones mientras observas que la puerta del depósito de Zandt Electronics está abierta. “Son ellos.” Tienes razón, cariño. Los observas durante minutos. Agazapada en la oscuridad de un callejón al otro lado de la calle, estudias sus movimientos. Son profesionales. Sin duda, saben lo que hacen. Cuentas a tres, todos armados y con pasamontañas cubriéndoles las caras. Uno hace de vigía, pero no te ha visto. Los otros dos llenan sacos con aparatos electrónicos.

Miras tu reloj. Han pasado cinco minutos y no hay rastros de los refuerzos. No puedes dejar que escapen. Ya han causado muchos problemas. No permitirás que se salgan con la suya. No otra vez. No después de todo

lo que han hecho. Sacas tu arma de la cintura del pantalón. Te preparas para entrar en acción. Delatándote, tu corazón late con fuerza. Estás nerviosa, cariño. Te tomas un minuto para calmarte. Te recuerdas que has sido entrenada por los mejores hombres del cuerpo de policía. Puedes con esto. Respiras profundamente y...

¡Bang!

“¡No! Un... un cuarto hombre.” Te han disparado, cariño. Te han disparado por la espalda. “¿Cómo no lo he... cómo no lo he visto? ¿Es... estaría en el coche? Debería haber te... tenido más cuidado. Debería haber esperado a los... refuerzos. Debería haber... obedecido al capitán.” Te reprochas a ti misma mientras un inesperado frío invade tu cuerpo. Tu mundo se tiñe de negro. Las luces se apagan, cariño.

Oyes murmullos lejanos. Sí, son ellos. Tus verdugos.

“¡No! No pue... ¡No puede acabar así! Debo levantarme y a... y acabar con ellos. Pue... ¡Puedo con esto!” Tu fuerza de voluntad es admirable, cariño. Consumes la poca energía que aún queda en tu cuerpo para abrir tus bellos ojos negros, solo para ver el largo, frío e imponente cañón de un Magnum .44 apuntándote justo entre ellos. La vista se te nubla y vuelve a aclararse. “Adiós muñeca”

¡Bang!

Un movimiento en falso, cariño, y las luces se apagarán. Has caído. Te han disparado. Justo entre los

10 Relatos para Pasar el Rato

ojos. Justo entre esos bellos ojos negros que tienes.
Bang. Bang. Nena, estás muerta.

Magic

El 2 de Abril de 1869 Frederick Caine declaró en el juicio por el asesinato de Henry Dawson.

"Buenos días damas y caballeros del jurado, mi nombre es Frederick Caine y soy mago. Si tuviera una moneda en la mano, la podría hacer desaparecer. Si tuviera una carta en la manga, la podría sacar de vuestro oído. Si tuviera un conejo en mi sombrero, bueno, ya saben lo que podría hacer con eso. Soy mago. Esto es lo que hago.

«El punto es, ¿porqué no usar la magia para deshacerme de mi eterno rival? Así es, damas y caballeros del jurado, me declaro culpable por la muerte del pobre Henry Dawson. Aunque más pobres eran sus trucos. Je, je.

«Ocurrió así. Yo iba a estrenar mi nuevo truco aquella noche del 23 de marzo. Henry lo sabía. Nuestra rivalidad es de todos conocida desde hace años. Mutuamente hemos saboteado los trucos del otro intentando demostrar quién es mejor mago de los dos, pues la astucia de un mago se basa, entre otras cosas, en la habilidad de descubrir los trucos de sus colegas. El hecho de que el marcador fuera 65-43 en mi favor es un dato puramente anecdótico. Je, je.

10 Relatos para Pasar el Rato

«Como iba diciendo, aquella noche estrenaba mi truco. A la hora de pedir un voluntario entre el público, un pequeño hombrecillo con unos asquerosos bigotes falsos mostró un entusiasmo particularmente desbordante. Dawson creyó haberme engañado cuando lo introduje en la caja que, muy a su pesar, no estaba trucada. Dentro, tenía una pequeña palanca, las que se conocen con el nombre de “gatillo” en la jerga de la magia. En los dispositivos trucados, este gatillo es el que nos permite realizar el truco propiamente dicho. Ya sea abriendo un compartimento secreto donde la bella doncella se cambia los vestidos rápidamente o lo que sea necesario. En fin, un mago no revela sus secretos, pero vistas las circunstancias me veo obligado a ofrecerles ciertos detalles.

«Ah... Recuerdo su cara de felicidad cuando sus dedos sintieron el tacto de la pequeña palanca. “Te cortaré por la mitad mientras sonrías de oreja a oreja, Henry” le dije. Es inexplicable lo gratificante que fue ver como su cara se transformaba al darse cuenta de que no sólo no me había engañado, sino que además, el pobre infeliz había caído en mi burda trampa. Introduje la espada por una rendija de la caja y corte a Henry Dawson por la mitad.”

Un alboroto recorrió toda la sala. El jurado no daba crédito de lo sucedido. “Que lo cuelguen” era el

grito más popular en aquel momento. Sin dejarse avasallar por el hostil ambiente, el acusado continuó con su discurso.

“Damas y caballeros del honorable jurado, para dar por terminado mi acto de hoy los invito a que miren por la ventana que se encuentra a su derecha. Allí podrán ver el cuerpo de Henry Dawson colgando en uno de esos árboles. ¡Sorprendente! ¿Verdad? Se preguntarán cómo llegó allí si el pobre Henry había sido enterrado semanas atrás. Ambas partes en un mismo cajón. Je, je. Pues sólo les diré que un mago no revela sus trucos. Soy mago. Esto es lo que hago.

«Ahora si me permiten me gustaría invitarlos a que miren al centro de la sala, allí por donde se encuentra la señorita Langes. Verán que allí ha comenzado un fuego, que pronto consumirá todo este edificio.»

En ese momento el pánico invadió la sala. “¡Fuego, abandonen la sala!” dijo el juez John Brown.

“Tranquilos, es sólo un truco. Ahora si intentan abrir las puertas, notarán que éstas se encuentran cerradas y trancadas por fuera. No tiene salida damas y caballeros. Este ha sido mi acto.

«Ahora los invito a que dejen a un lado los desesperados intentos de salvación y se aferren al terror que los invade en estos que son sus últimos segundos de vida.

«Mi nombre es Frederick Caine. Soy mago. Esto es lo que hago.»

10 Relatos para Pasar el Rato

Y sin dejar rastro alguno, el mago desapareció.

Carretera Secundaria

La mañana del viernes, antes de salir camino al trabajo, le prometí a mi mujer, María, que esa noche iríamos al cine. No estábamos pasando un buen momento en la fábrica, iban a despedir a más de la mitad de los trabajadores, pero quería hacerla sentir especial otra vez, como cuando éramos jóvenes y salíamos los viernes por la noche.

Como siempre, fiché al entrar en la fábrica y me ubiqué en mi puesto de trabajo. Yo operaba una gran máquina que cortaba pequeñas piezas de acero. Durante toda la mañana me sentí un poco nervioso porque ese mediodía, luego de comer, nos reuniríamos con el gerente para discutir las condiciones de los despidos.

Tras una más que infructífera reunión, en la que hubo más gritos y reproches de lo necesario, volví a mi puesto con la inseguridad de no saber qué sería de nosotros. Seguí cortando pequeñas piezas de acero durante las siguientes cuatro horas.

Ya eran más de las ocho y media cuando por fin sonó el silbato. Apagué la ruidosa máquina, cogí mi abrigo y fiché mi salida. Al salir de la fábrica, como siempre, subí a mi coche y cogí la carretera secundaria para volver a casa. Llovía mucho, torrencialmente. En

la carretera no había nadie. Nadie excepto yo, conduciendo en la oscuridad de la noche.

Muchos la detestan, dicen que no es segura, pero para mí esta carretera tiene algo especial. No lo sé. Quizás sean los grandes parches que cubren sus viejas heridas de guerra, las pequeñas casetas de chapa oxidada que se ven de cuando en cuando donde los granjeros guardan sus herramientas, la hierba crecida que ya nadie corta que le va ganando cada vez más terreno al asfalto, las señales descoloridas por el paso del tiempo en las que apenas se puede leer el límite de velocidad o las grandes maquinas agrícolas encargadas de llevar adelante el trabajo en las tierras que se ven a los lados. Lo cierto es que cuando conduzco por ella, siento como si viajara a otro tiempo, más inocente, donde todo era más sencillo.

Me hace sentir nostalgia, recordar mi niñez, los juegos de escondite con mis amigos de la infancia, los pasteles de manzana de mi madre, las tardes de historias con la abuela, el día en que mi padre me enseñó a conducir en aquel enorme Buick de 1958, los besos con mi primera novia, las primeras citas con María, nuestras promesas de que jamás nos dejaríamos ir. En fin, cuando conduzco por ella, me siento bien.

No iría a más de ochenta kilómetros por hora cuando me topé con un accidente. La sangre y los cristales rotos cubrían el oscuro asfalto. En la banquina había un amasijo de hierro que poco antes había sido un

coche. La lluvia continuaba cayendo fría e implacablemente. Miré a ambos lados de la carretera, no se veía nada excepto oscuridad. Allí no había nadie. Nadie excepto yo.

A unos cuantos metros del destrozado coche vi a un hombre tumbado en el suelo. No se movía. Me acerqué y le pregunté si necesitaba ayuda. No me contestó. Estaba muerto. Finalmente vino una ambulancia. De ella bajaron la paramédico y el conductor, se acercaron y examinaron el cuerpo sin vida del desafortunado hombre. Tras ver que era imposible reanimarlo, cuidadosamente lo recogieron, lo subieron a la ambulancia y se marcharon sin decirme nada.

Mientras veía como las luces rojas se hacían cada vez más pequeñas, pensaba en una novia, esposa o madre, que tarde o temprano recibiría la visita de un oficial de policía. Éste le diría si podía pasar y una vez dentro, le diría que tome asiento para darle la triste noticia de que su novio, esposo o hijo había muerto esa noche en un accidente de coche. El oficial le daría su pésame a la pobre mujer y ella debería seguir adelante con su vida.

Cuando llegué a casa, María estaba acostada en la cama en medio de la oscuridad, llorando. Parado en la puerta de nuestra habitación, la contemplé unos segundos sin saber muy bien qué hacer, luego me acosté junto a ella, la rodeé con mis brazos y le dije lo mucho que la amaba. Pero no importaba lo que le dijera o lo fuerte que

10 Relatos para Pasar el Rato

la abrazase, ella no lo oía ni lo sentía, solo seguía llorando.

Ballenas Muertas

Descubrió al monstruo y dio un grito que nadie oyó. Empezó una carrera interminable hasta el albergue abandonado donde lo aguardaba el detective. Habían acordado reunirse allí para ponerle un fin a esto de una vez por todas. La lluvia caía sin cesar, haciendo cada vez más intransitables las calles del este de la ciudad. Ya eran pasadas de la medianoche, no había nadie fuera.

Todo había comenzado con la aparición de aquellas ballenas muertas en la costa. Un hecho inexplicable, no sólo por la desmesurada cantidad, en un lapso de cuatro días habían aparecido un total de trece cetáceos, sino por el hecho de que allí nunca habían tenido registro de presencia alguna de dichos animales. El descubrimiento del monstruo había echado luz sobre el asunto. La aterradora criatura era la responsable de aquellos extraños hechos. Ahora, debían acabar con ella.

El detective Francis estaba preparado para ello, tenía el instrumento adecuado para acabar con la feroz criatura. Todo dependía de que Carl la atrajese hasta el albergue. Desde hace generaciones, su familia había estado a cargo del faro de la bahía. Ello fue lo que le permitió, en una de sus inspecciones rutinarias, descubrir una misteriosa criatura, de unos dos metros y medio de alto, fornida como un gigante de circo y de un color

verde musgo. La extraordinaria bestia comía las entrañas de las ballenas que ella misma cazaba y dejaba sobre la arena de la playa.

Tras una interminable y agotadora carrera por las embarradas calles de la ciudad, Carl llegó al albergue seguido por el monstruo a unos cincuenta metros. Al intentar abrir la puerta descubrió que estaba trancada por dentro. ¿El detective Francis le habría tendido una trampa? Mientras Carl se hacía ésta y más preguntas, oyó que lo llamaban.

—¡Hey, Carl! Aquí, en la ventana.

Rápidamente Carl se dirigió a la ventana por la que se asomaba el detective Francis. La temible bestia ya estaba muy cerca, a menos de diez metros. Carl tomó la mano del detective para subir por la ventana y en ese preciso momento sintió un calor ardiente por la mitad de su muslo derecho. Por allí fue por donde la criatura le arrancó la pierna de un bocado.

Aterrorizado por la situación, el detective Francis soltó la mano de su compañero y éste, tras caer en las fauces del monstruo, desapareció entre salpicaduras de sangre, carne y tripas. El detective sacó de su revólver de la funda, no tenía tiempo de llevar a la bestia hasta su mortífera trampa. Disparó. Pero fue como si nada hubiera ocurrido. Disparó cinco veces más hasta vaciar su arma. El monstruo estaba prácticamente sobre él. Intentó escapar pero se resbaló. Sus gritos de ayuda pronto quedaron ahogados en su propia sangre.

La Doctora de los Soldados

Érase una vez una época en que los hombres de todo el mundo luchaban unos contra otros porque sus banderas les decían que así lo hicieran. Muchas familias se vieron desarmadas. Granjeros, mecánicos, carpinteros, todos ellos eran útiles para levantar un arma y matar a quien llevara un uniforme distinto del suyo. El amargo sabor de la guerra invadía todo el mundo.

No todos eran llamados por el hombre que gritaba en la radio para matar a los contrarios. También se necesitaba quien cocinara, curara y atendiera a nuestros valientes soldados. Como el caso de Elena, una enfermera de la capital, que tuvo que dejar su trabajo y viajar hasta el frente de batalla porque una carta enviada por el hombre que gritaba en la radio así lo decía.

A pesar de haber pasado de enfermera a ser la principal doctora del frente de batalla, Elena no era feliz. La abrumadora cantidad de cadáveres que pasaban frente a sus ojos la hacían desear volver a casa, donde el calor de la guerra no había llegado aún.

Un día, llegó un pobre soldado con el cuerpo roto en mil pedazos. Aún vivía. Elena lo atendió rápidamente y tras largas horas de trabajo pudo aliviar su dolor. Cuando el soldado despertó, Elena estaba allí sentada junto a él, sosteniendo un paraguas para no mojarse con

10 Relatos para Pasar el Rato

el torrente de agua que estaba cayendo sobre las tiendas del hospital de campaña. Elena se sorprendió cuando, a duras penas, el soldado la llamó por su nombre. En ese momento, un aluvión de recuerdos inundó su mente. El malherido soldado no era otro sino Ralph, su primer amor.

Apenas tenían siete años, pero se recordaban mutuamente con cariño. Ralph le pidió que le cantara aquella vieja canción que solían cantar cuando eran niños. Elena lo cogió de la mano y comenzó a cantar. Su canto era dulce como el de una niña pero triste como un profundo llanto. Cuando terminó la canción, cerró los ojos de Ralph y se alejó caminando.

Prisión Submarina

Como siempre, el sonido de aquellos grandes y extraños peces al rebotar sus cabezas contra el grueso cristal que separaba mi celda del resto del océano, me había despertado. Esos repugnantes animales marinos parecían, además, muy tontos. Quién sabe cuánto tiempo llevaba yo encerrado allí, bajo las oscuras y profundas aguas del océano Pacífico, y todos y cada uno de los días había sido despertado por el mismo molesto retumbar.

Abrí los ojos y allí me encontraba, en el mismo lugar que había despertado durante toda mi vida por lo que a mí respectaba. Rodeado por tres paredes y un ventanal. Las goteras que atravesaban el techo, el óxido que desfiguraba grotescamente todas las piezas metálicas, hongos de todo tipo que crecían en cada rincón, la oscuridad que apenas era derrotada por la débil luz verdeazul proveniente de las aguas y el pálido e intermitente blanco de las luces del pasillo, olores tan desagradables que prefería ignorar su procedencia, la incómoda sensación de tener frío en un ambiente caluroso y asfixiante como ese, eran algunas de las cosas que me habían acompañado desde el principio. El gran ventanal con vistas al infinito océano se encargaba de recordarme lo

aislado que me encontraba y lo difícil, o más bien imposible, que resultaría escapar de mi prisión submarina. Ya no recordaba porqué estaba allí confinado ni cómo había sido mi vida antes de ello.

Desperté maldiciendo a los peces por haber interrumpido mi sueño. Un sueño en el que estaba con Martha, merendando en un bonito parque mientras contemplábamos la maravillosa paleta de colores que nos ofrecía el atardecer. Hacía ya mucho tiempo que no veía su bella y dulce cara, desde que... Creía que jamás volvería a verla pero, sin embargo, allí estaba ella. Tal como la recordaba, aunque ya temía haber comenzado a olvidarla. Era como si el tiempo no hubiera pasado para ella. Estaba a punto de volver a sentir el suave tacto de sus labios cuando desperté. O más bien, me despertaron.

Aquel sueño había calado muy hondo dentro de mí y de repente sentí la necesidad de hacer algo que nunca había intentado hasta el momento, bien porque lo creía imposible o bien porque así me lo habían hecho creer. Fuera por lo que fuera, nunca había intentado siquiera abrir el enorme armazón de grueso acero oxidado que era la puerta de mi celda, ubicada en la pared opuesta a la del ventanal. Dubitativo, de la situación y de mí mismo, lentamente bajé de la roca que llamaba cama desde más tiempo del que podía recordar y me acerqué a la puerta. El frío suelo contrastaba con el sofocante calor del aire. Con los pies descalzos, pisé algo que en algún otro tiempo había estado vivo, hasta que el

hambre me hizo sobrepasar límites que creía se encontraban muy lejos. Alcancé la puerta y, sin muchas esperanzas, la empujé hacia la derecha intentando deslizarla por sus carriles para abrirla. Pese al terrible calor que hacía allí, un intenso frío recorrió mi espalda, invadió todo mi cuerpo alcanzando hasta la más mínima fibra y me paralizó. La puerta estaba abierta.

Al principio me costó un poco moverla debido al óxido que abarrotaba las guías, pero una vez abierta, no supe qué hacer con mi recién adquirida libertad. Cuando recuperé la movilidad, asomé tímidamente la cabeza esperando encontrar a algún guardia haciendo su ronda o incluso al extraño hombrecillo que traía lo que difícilmente alguien se atrevería a llamar comida, al cual no veía desde hacía ya unos días, por cierto. No vi a ninguno de ellos, sólo un largo pasillo curvo que se extendía hacia ambos lados. Tuberías rotas, azulejos caídos y, cómo no, moho eran los principales habitantes de aquel pasillo, iluminado aleatoriamente con tenues luces de emergencia.

No es que tuviera miedo a algo en particular, pero me decanté a seguir el pasillo a mi izquierda ya que su iluminación era un poco mejor, comparada con la densa oscuridad que se veía al final del pasillo a mi derecha. Caminé unos pocos metros entre charcos y escombros hasta la siguiente celda. La puerta también estaba abierta. Si no fuera porque sabía que la había dejado tras de mí, juraría que se trataba de mi propia celda. El gran

ventanal al otro lado, el indescriptible olor, la cama de roca en la derecha, el suelo repleto de... comida. Sin embargo, el prisionero que la habitara, a diferencia de mí, llevaba contando los días que se encontraba allí. Las paredes estaban repletas de marcas, no había el más mínimo espacio que no estuviera cubierto por ellas. Me hizo pensar en cuánto tiempo llevaría yo allí. Seguí avanzando, pasando junto a celdas, similares a la mía pero a la vez con pequeños detalles que las diferenciaban, hasta que me topé con una puerta al final del pasillo. A un lado había un pequeño armario con dos linternas y una petaca. Cogí la petaca pero al levantarla pude notar que se encontraba vacía. Maldije y tomé una de las linternas. Funcionaba. Sobre la puerta había un pequeño letrero metálico en el que podía leerse “Sala de Personal”.

Moví el picaporte pero al parecer la puerta estaba cerrada con llave. Pensé en volver e investigar qué había al otro lado del pasillo curvo, en la oscuridad, pero primero decidí volver a echar un vistazo al armario de donde había cogido la linterna. En el estante superior, al ras de mi vista, había una llave prácticamente mimetizada con la chapa sobre la que se encontraba apoyada. Cuando conseguí despegarla, la introduje en la cerradura de la puerta y la giré. No funcionaba muy bien pero, tras forcejear un poco, conseguí abrirla. En ese momento pensé en que quizás, tras la puerta, hubiera per-

sonal de la prisión. La idea no tardó mucho en desvanecerse, no sólo porque al entrar en aquella sala comprobé que no había nadie sino porque también comenzaba a sospechar que yo era la única persona que se encontraba allí encerrada, en medio del Pacífico, a quién sabe cuántos metros bajo la superficie.

Estaba bastante oscuro dentro, apenas había una luz roja de emergencia. Encendí la linterna y recorrí la habitación con el brillante haz de luz. Sobre una pared había colgadas las equipaciones de tres guardias y, bajo ellas, sus respectivas botas. Aproveché para quitarme la especie de taparrabos que llevaba y me vestí con la ropa que había encontrado. Mientras me ajustaba las botas eché un vistazo al resto de la habitación. Sobre un escritorio lleno de papeles húmedos había uno de esos viejos televisores portátiles, también había un pequeño refrigerador con la puerta abierta dejando ver que dentro suyo no había más que el viciado aire de la prisión. Al lado de la puerta había un plano de emergencia. En él se podía ver que la prisión tenía forma circular, con las celdas en la periferia, el pasillo un poco más adentro y en el centro unas escaleras que llevaban a la zona de transporte para la evacuación del personal. La puerta para acceder a ellas se encontraba al otro lado del pasillo.

Sin otra alternativa a la vista, dejé la sala de personal y me adentré en el largo y curvo corredor. Sor-teando tuberías caídas sobre grandes charcos de agua es-

tancada y aplastando escombros con las base de mis botas. Antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba de nuevo junto a mi celda. Unos metros más allá se encontraría la puerta que daba a las escaleras, pero no podía verla. La oscuridad me lo impedía. Encendí la linterna nuevamente y dirigí la luz hacia allí. Pude ver que la curva del pasillo seguía, dejando oculta la puerta a la que me dirigía. No sabía muy bien por qué, pero aquella oscuridad me daba mala espina. Quizás por culpa de haber pasado tanto tiempo recluido en ese condenado lugar. Cuando por fin comencé a avanzar fui ganando confianza, aquel lado del pasillo no se diferenciaba mucho del otro, sólo estaba sumido en una absoluta oscuridad. Me sentí como un niño al que sus padres enseñan a no temer cuando apagan las luces. Me sentí ridículo e incluso llegué a sonreír. Pero aquello no duró mucho más.

Ya estaba lo suficientemente adentrado en la negrura como para no ver la débil claridad de la que provenía, pero no tanto como para alcanzar a ver la puerta hacia las escaleras. En ese punto muerto me encontraba cuando lo oí. Primero un fuerte golpe que retumbó por todo el pasillo, paralizándome en el proceso, y luego algo que me aterró aún más: el sonido de pisadas sobre charcos de agua. Las oía detrás de mí. Me di la vuelta y apunté con la linterna. Era imposible que hubiera alguien, había revisado la sala de personal y todas las celdas por las que había pasado, y no había nadie. Oía las pisadas cada vez más cerca e instintivamente retrocedí

unos pasos. Luego, un fuerte golpe como el primero sonó en la celda junto a la que me encontraba, y luego dos más. Temblorosamente iluminé su interior y pude ver que estaba vacía. Se oyó otro golpe. Dirigí la luz hacia el ventanal y agudicé la vista. En el azul verdoso del océano pude distinguir a uno de esos malditos peces que siempre me despertaban, rebotando contra el grueso cristal que nos separaba. Era un poco más grande de lo normal, mediría unos dos metros o más. Aún así, aliviado, lo insulté para desahogarme aún más. Las pisadas ya no se oían, así que pensé que lo que en realidad había oído sería alguna gotera producida por el primer golpe del pez. No le di más vueltas al asunto.

Continué avanzando, dejando tras de mí celdas vacías hasta que finalmente llegué a la puerta de las escaleras. En la pared pude ver el mismo plano que había visto en la sala de personal, y por lo que pude apreciar esta vez, me encontraba en la tercera planta. Debía bajar dos pisos para llegar a la zona de transporte o subir tres para estar en la zona de tratamiento intensivo, y no creo yo que, con ese nombre, quisiera ver lo que allí había. Quise abrir la puerta, pero el óxido la había corroído tanto que ésta ni se inmutó. Probé darle unas patadas que no consiguieron más que despegarla un poco de su marco. Retrocedí unos metros y la embestí con toda la fuerza que me quedaba. Reboté de tal forma que durante unos minutos creí tener a esos grandes peces rebotando estúpidamente dentro de mi cabeza. Al recuperar la

compostura pude apreciar que mi embestida había conseguido abrir la puerta desde la parte superior hasta más de su mitad hacia abajo por donde asomaba una fuerte luz blanquecina. Tras unas cuantas patadas más en la parte inferior conseguí abrirla completamente y pasar al otro lado.

Aquella impoluta luz que parecía no pertenecer a ese lugar, cubría tanto escaleras arriba como escaleras abajo, por lo que pude apagar la linterna. Me sentía agotado y tuve que sentarme en un escalón para recuperarme. Tanto tiempo allí encerrado había deteriorado mi estado físico mucho más de lo que creía. Descansé unos minutos mientras contemplaba como el agua se deslizaba silenciosamente sobre los hongos de la pared frente a mí para luego caer y acumularse en un charco hediondo. Me puse en pie y comencé a bajar. Cuando llegué al descanso entre la primera y la segunda planta de celdas, me encontré con algo que pensé que pondría fin a mis planes definitivamente. La pared se había derrumbado sobre la escalera obstruyéndola por completo. El agua que entraba por entre los escombros y discurría hacia abajo me inquietó. ¿Cuánto tiempo resistiría la maltrecha pared la presión de toneladas y toneladas de agua intentando entrar y llenar hasta el último recoveco con su fría pureza? Una especie de instinto animal de supervivencia me invadió y me hizo subir varias plantas con una velocidad que me dejó tan atónito como exhausto.

La agitación no me había permitido ver la gran puerta que tenía delante de mí, en la que apenas podía leerse sobre un letrero metálico, desgastado y corroído por la salitre, “Tratamiento Intensivo”. La puerta estaba entreabierta, como invitándome a entrar. Y así lo hice. Tuve que volver a encender la linterna porque, a pesar de que allí dentro había una débil iluminación amarillenta, mis ojos, acostumbrados ya a la blancura que reinaba en las escaleras, no se habían adaptado aún al nuevo ambiente. Recorriendo el lugar con la vista, allí donde apuntaba con la linterna, pude ver que se trataba de una gran sala cubierta de azulejos blancos hasta el techo, a unos tres metros sobre mi cabeza, de donde colgaban enormes lámparas. En algunas zonas había grandes manchas oscuras que parecían ser de sangre seca ya hace tiempo. Aquello confirmaba mis temores de que en el lugar en el que me encontraba habían ocurrido cosas que prefería seguir ignorando debido a su macabra naturaleza. Sin embargo, ahora no había nada allí dentro, excepto yo. Por un momento creí que mis planes se frustrarían definitivamente y que no podría escapar. Pero al otro lado de la gran habitación, había una puerta que no figuraba en los planos, según podía recordar. ¿A dónde conduciría? Sin más remedio, atravesé la habitación y la abrí. Me sorprendió lo fácil que me resultó aquella tarea. La puerta se abrió suavemente, como si fuera la de un coche nuevo, pero con un espeluznante rechinar al final, como para hacerme recordar dónde me encontraba.

Al otro lado, algo que ya había visto demasiadas veces allí, oscuridad. Apunté con la linterna pero fue en vano. No había nada que iluminar ahí dentro excepto las partículas que flotaban en el aire. El suelo estaba resbaladizo pero no podía, o no quería, ver porqué. Avancé a tientas entre la negrura hasta que mi pie derecho no encontró suelo donde pisar. De repente me encontraba cayendo. El impacto que puso fin a la caída me dejó inconsciente. Durante ese tiempo, volví a soñar con Martha. ¡Qué bella era!

Algo me despertó y maldije. Adolorido y sin saber muy bien lo que ocurría, me incorporé y noté que ya no llevaba las botas. Seguramente las habría perdido en la caída. Mi ropa también estaba distinta, pero el aturdimiento no me dejaba ver porqué. ¡Había vuelto a soñar con Martha! Cuando mi cabeza se aclaró, quise ver dónde había caído. Me refregué los ojos y vi que allí me encontraba, en el mismo lugar que había despertado durante toda mi vida por lo que a mí respectaba. Una inexplicable sensación recorrió mi cuerpo, mezcla de terror, resignación y paranoia. No obstante, el haber vuelto a soñar con Martha me hizo hacer algo que nunca había intentado hasta el momento, bien porque lo creía imposible o bien porque así me lo habían hecho creer. Me acerqué a la puerta y, sin muchas esperanzas, la empujé hacia la derecha intentando deslizarla por sus carriles para abrirla. Pese al terrible calor que hacía allí, un intenso frío recorrió mi espalda, invadió todo mi cuerpo

10 Relatos para Pasar el Rato

alcanzando hasta la más mínima fibra y me paralizó. La puerta estaba abierta.

El Discurso del Presidente

Ya había llegado la hora. Así se lo informó Débora, su secretaria, mientras él hacía un último repaso al discurso que pronunciaría. Eran tiempos difíciles, los conflictos sociales habían alcanzado niveles impensados un par de años atrás. La nación estaba dividida. Quizás todo se redujese a una cuestión de la naturaleza humana, arraigada desde el comienzo de los tiempos, de buscar algo que los diferencie de los otros seres de su misma especie. Una diferencia tan básica y fundamental, por lo visto, que hace imposible la convivencia.

Pero Waylon Trafford confiaba en que ello acabaría pronto. Desde que tomó conciencia de la problemática que afectaba a su país, con apenas quince años, había dedicado su vida a apaciguar las tensiones y aunar a su gente. Ahora había sido elegido presidente por una amplia mayoría, venciendo a los candidatos que dedicaron sus campañas electorales a criticar y destruir a sus adversarios más que a destacar sus propias virtudes. Trafford mantuvo una postura reconciliadora apostando por que su gente, a pesar de sus diferencias, estaba ya cansada de vivir en un estado de sitio no declarado.

Mientras caminaba por el pasillo que llevaba a la sala donde pronunciaría su discurso de toma de poder, pensaba en los héroes de su juventud, especialmente en

Leroy Johnson, a quien admiraba por la forma en que daba sus discursos. Rodeado de asesores y guardaespaldas, avanzó repasando en su mente las palabras que diría y el énfasis que pondría en ellas. Su discurso supondría el inicio de una nueva era, una más próspera y pacífica para todos. La situación era demasiado importante como para mantener la calma pero la excitación por el cambio junto con la alegría y el orgullo por encabezarlo se habían apoderado de su cuerpo y lo llevaban a paso firme y rebosado de seguridad hacia la conferencia.

Uno de sus asesores movió la cortina azul y le hizo un gesto con la cabeza mientras sonreía. Un aluvión de flashes fotográficos bañó la impoluta figura del presidente Trafford que se paró frente al atril, saludó a los allí presentes y sacó del bolsillo interior de su saco azul marino unas hojas de papel cuidadosamente dobladas, escritas con su propio puño y letra. Las desplegó sobre el atril y se aclaró silenciosamente la garganta antes de comenzar.

Hubo un revuelo en el fondo de la sala, se oyeron gritos y luego un fuerte ruido seco. El presidente cayó al suelo y rápidamente sus guardaespaldas lo sacaron de allí. De un gran agujero en su cabeza, la sangre manaba a borbotones.

Kayhku: El Hombre Jirafa

La pradera estaba apenas iluminada por los cobrizos rayos del sol del atardecer cuando, a lo lejos, sobre la línea que separa la tierra del cielo, aparecieron los jinetes. Eran tres, su líder era una especie de híbrido entre humano y jirafa con grandes músculos ocultos bajo su armadura. Los otros dos, menos espectaculares, permanecieron en silencio mientras Kayhku se acercaba al rey para entregarle el ojo del dragón.

El rey, con una tarta de higos en una mano, cogió con la otra el ojo y lo observó minuciosamente. Tras comprobar que era auténtico le preguntó al hombre-jirafa qué quería como recompensa. Kayhku reclamó a las dos hijas del rey para desposarlas, estaba en su derecho tras haber logrado semejante hazaña. El rey lo meditó mientras comía su tarta. Sabía que tenía la obligación de acceder a las demandas del salvaje cazador pero creyó que podría engañarlo. No quería que sus bellas y refinadas hijas acabaran adorando falsos dioses en las laderas de Morlin.

Al acabar la tarta, bajó de su trono y se acercó al hombre-jirafa. Le ofreció sus hijas y cinco mil de sus mejores soldados si él, sin la ayuda de ninguno de sus vasallos, conseguía salir del laberinto de Grosdam. Kayhku lo pensó en silencio, lo consultó con sus dioses

10 Relatos para Pasar el Rato

y tomó una decisión. Se acercó a sus hombres y les ordenó volver a casa en su indescifrable lengua. Con un movimiento de su elevada cabeza le hizo saber al rey que aceptaba su oferta.

Cuarenta noches después, el servicio de limpieza real recogía el cráneo del cazador caído para colocarlo junto a los de aquellos que quisieron más de lo que podían tener.